

Las mujeres en la formación del alma americana: homenaje a Teresa de La Parra. Reflexiones para el próximo milenio

Elida Aponte Sánchez

Universidad del Zulia (Venezuela)

Resumen

Con la finalidad de atender una invitación que le hicieran desde Bogotá, Teresa de la Parra escribe, a finales de 1929 y principios de 1930, tres Conferencias que iban a ser leídas en varias ciudades de Colombia y que la autora denominó "influencia de las mujeres en la formación del alma americana".

La importancia de dichas conferencias para entender el quehacer de las mujeres - del pasado y del presente - en la gesta, enriquecimiento y futuro de la americanidad, es lo que ha motivado este artículo.

En sus *Conferencias*, Teresa de la Parra describe magistralmente lo que fue el encuentro de las mujeres españolas, las mujeres indias y las mujeres negras en la América Hispana, encuentro cimentado en la necesidad de defenderse del hombre - varón.

Palabras claves: mujeres, España, América, alma americana

Sumario:

1.- De *Ifigenia* a la voz de las mujeres de América. 2.- La mujer española y la mujer india en un eterno dialogo. 3.- Las anónimas en el tiempo de la guerra de Independencia. 4.- Conclusión

Teresa de la Parra es una insigne escritora venezolana, fallecida en Madrid el 23 de abril de 1936. Se la conoce en el mundo de las letras por dos obras fundamentales: *Ifigenia* y *Las Memorias de Mamá Blanca*, publicadas en 1924 y 1929, respectivamente.

Teresa de la Parra fue junto a Gabriela Mistral y Edelmira Agustini, la más grande escritora de su tiempo y ha sido considerada como "el abresurco de la novela contemporánea", pero además, por sus *Conferencias*, puede ser considerada como una mujer comprometida con el feminismo de su tiempo.

1.- De *Ifigenia* a la voz de las mujeres de América.

Pocos países de América acogieron a Teresa de la Parra con el amor y el respeto que le mostró Colombia. Ese país, amante del misterio sutil de las formas, no sólo supo entender la literatura de Teresa, sino que quiso oír de ésta su experiencia americanista.

La invitación para visitar a Colombia -que se extenderá a otros países de América- le llega a nuestro personaje por la mano del también escritor y entonces ministro de Bolivia, Alcides Arguedas. El objetivo era que Teresa conferenciara en Colombia sobre sus libros y vocación literaria. Hasta ese momento Teresa no había

hablado en público¹ y lejos del propósito de la invitación recogerá en tres conferencias inolvidables, con ese lenguaje íntimo e inigualable de la escritora, precursor de la contemporánea novela femenina latinoamericana, los tiempos de la historia americana: conquista, colonia e independencia, pero vistos con ojos de mujer. Son conferencias antropológicas, referentes a la conformación de nuestra tradición.

Teresa llega a Bogotá para hablarnos del aporte de las mujeres en la formación de la americanidad y lo hace desde el lenguaje de la Abuela. Tal vez desde el lenguaje de aquella *Mamá Blanca*, para todos entrañable.

Pero esas conferencias contienen algo más que la narración del sentir histórico literario de la autora. Creo que en ellas Teresa de La Parra no sólo realiza un examen por demás copioso de los elementos que dieron origen a la formación de lo que ella misma denomina "el alma americana", sino que ubicándose en su presente, revela el compromiso de las mujeres con lo que es la gran revolución del siglo XX: el feminismo. Única revolución que incorporará al siglo XXI verdaderos cambios, en todas las áreas del pensar y el hacer humanos.

La insigne escritora, respondiendo a los ataques que algunos moralistas habían proferido contra su novela *Ifigenia* por considerarla "libro de propaganda revolucionaria", tendrá que fijar posición sobre la crisis que ya se había hecho presente en su tiempo, en lo atinente a la ubicación en la sociedad de las de su género.

"La crisis por la que atraviesan hoy las mujeres no se cura predicando la sumisión, la sumisión y la sumisión, como se hacía en los tiempos en que la vida mansa podía encerrarse toda dentro de las puertas de la casa. La vida actual, la del automóvil conducido por su dueña, la del micrófono junto a la cama, la de la prensa y la de los viajes, no respeta puertas cerradas...Para que la mujer sea fuerte, sana y verdaderamente limpia de hipocresía, no se la debe sojuzgar frente a la nueva vida, al contrario, debe ser libre ante sí misma, consciente de los peligros y de las responsabilidades, útil a la sociedad, aunque no sea madre de familia, e independiente pecuniariamente por su trabajo y su colaboración junto al hombre, ni dueño, ni enemigo, ni candidato explotable sino compañero y amigo...Los verdaderos enemigos de la virtud femenina no son los peligros a que pueda exponerla una actividad sana, no son los libros, ni las universidades, ni los laboratorios, ni las oficinas, ni los hospitales, es: la frivolidad, es el vacío mariposeo mundano con que la niña casadera, o la señora mal casada, educadas a la antigua y enfermas ya de escepticismo, tratan de distraer una actividad, que encauzada hacia el estudio y el trabajo podría haber sido mil veces noble y santa" ²

Para tratar el punto de los nuevos derechos que la mujer moderna debía adquirir según Teresa, ésta prepara las tres conferencias que resumen la influencia "oculta y feliz que ejercieron las mujeres durante la Conquista, la Colonia y la Independencia".³ Mujeres estas que "parecen moverse en la misma ciudad, son vecinas del mismo barrio, son hermanas".⁴ Y llamó a ese espíritu común a todos los países de nuestra América católica y española "Influencia de las mujeres en la

¹ Palacios, María Fernanda. Teresa de La Parra. Obra Escogida. Caracas - México, Monte Avila Editores C.A y el Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 16.

² *Ibidem*, p. 18-19.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*, p. 25.

formación del alma americana". Recogerá en sus Conferencias a las mujeres abnegadas de América, las otras, las revolucionarias comprometidas con la lucha abierta por la libertad y la autoafirmación, tal vez quedaron para ella en otras notas para su proyecto de novela sobre la vida íntima de Bolívar y que serían representadas, seguramente, por la ecuatoriana Manuela Sáenz Aispuru.

Aquellas mujeres, cambiantes de los tiempos y rompedoras de las letanías de los rezos, inundan el suelo de nuestro continente durante la independencia de los países: Policarpa Salavarrieta en Colombia, Josefa Camejo de Talavera en Venezuela o la misma Manuela Sáenz en Ecuador, cuyos estandartes fueron recogidos por mujeres como Floria Tristán o Gabriela Mistral, son las mismas que en este siglo han luchado y dado vida a una nueva propuesta de convivencia humana, de convivencia verdaderamente humana, si entendemos por humano el non plus ultra de la libertad y la sintonía con el universo en todas sus manifestaciones.

2.- La mujer española y la mujer india en un diálogo eterno.

La formación del alma americana que dibuja en sus conferencias Teresa de La Parra es el resultado de un encuentro amoroso, no de una batalla. La matrona criolla es ya supuesta en la figura de la Reina Isabel la Católica. Aquella mujer que supo soñar a la par del descubridor y que condujo "desde España hacia las selvas de América el tumulto espléndido del Renacimiento".⁵

Las "primitivas fundadoras" de América, las indias luego bautizadas con nombres castellanos, algunas cacicas y princesas, son las que domesticarán al blanco español en la tierra que les adoptará después del descubrimiento. Ellas, son las forjadoras del cacique blanco,⁶ tan atado a sus leyendas que no querrá regresar a España, desobedeciendo -incluso- las ordenes del Rey.

Si la obra del género varonil protagonizada por los españoles y los indios en América, y en todos los puntos de la tierra donde hubiese habido una conquista, eran el producto de la discordia; la obra de las mujeres fue siempre de concordia.

"La concordia, obra casi siempre de mujeres, es anónima; carece de elementos trágicos; no ofrece material para hacer epopeyas y la felicidad que es poco brillante, no se perpetúa en los libros sino en los hijos, en la fusión fraternal de las razas y en la bondad humilde de la costumbre que va limando las asperezas de la vida hasta hacerla sonriente y grata".⁷

Son también las "primitivas fundadoras" las que irán al encuentro de aquellas treinta mujeres que acompañaron a Colón en su tercer viaje, según la autorización de la Real Cédula expedida por los Reyes Católicos el día 23 de abril de 1497.

Las primeras mujeres españolas que pisaron el suelo americano, específicamente en Isla Española (hoy Haití y República Dominicana), son las pioneras del movimiento migratorio del viejo mundo al nuevo mundo. La mayoría de tales mujeres eran andaluzas, otras de Castilla y Extremadura, y en más de un 55% eran solteras. Unas eran doncellas y otras prostitutas, pero todas exhibieron una valentía suficiente como para arriesgarse a tan peligroso viaje, en condiciones

⁵ Ibídem, p. 23.

⁶ Ibídem.

⁷ Ibídem, p. 26.

de insalubridad total, consumiendo alimentos y agua descompuestos, pasados los primeros días. Traían a América una forma de ser, de amar y hasta de guisar los alimentos.

Las indias, por su parte, se desenvolvían con cierta seguridad dentro de su tribu. En ella, la organización social se basaba en la familia extendida, venerando el sol, la luna y los fenómenos naturales como algo superior de lo cual dependía la cosecha, la pesca y la vida de sus hijos.⁸ Pero la vida de las indias no estaba limitada a la maternidad y a la familia. Compañera del indio, cooperaba con él en la siembra y la cosecha. En el oriente de Venezuela, las más ancianas tomaban parte en las asambleas para la designación de caciques y cacicas.

El periodo de servidumbre de las indias y el sometimiento a la voluntad del varón lo institucionaliza el hombre blanco, sin que con tal afirmación se quiera decir que en el tiempo prehispánico, las mujeres indias estuvieran a la par de los varones.

Con la llegada del hombre blanco, la desnudez tradicional luce pecaminosa. El extranjero habla de un Dios que no deja espacio a los ídolos y la alimentación se enriqueció con otros ingredientes traídos de las lejanas tierras, como el trigo que Inés Muñoz, primera española que llegó al Perú, introdujo en América.

También se incorporarán a la vida indohispana, las mujeres negras que en gran parte sustituyeron a las indias en el servicio doméstico, desempeñándose como cocineras, lavanderas, planchadoras, criadoras y ayas de los niños blancos.⁹

Las comunidades que surgirán en América a partir de la presencia hispana, respecto de la organización familiar, quedarán absoluta y claramente en manos de las mujeres. En esas comunidades, tres femineidades diferentes, la aborigen, la española y la negra, deberán crear una femineidad común para defenderse de quien estaba convencido de su prevalencia como sexo: el varón español, que necesitó de esas mujeres y las usó.¹⁰

Las viajeras hispanas de las naos y los galeones, que rompían totalmente con la intimidad en virtud de las precarias condiciones de tan desagradable travesía, fueron en muchos casos quienes dirigieron la difícil empresa de la conquista y las que llegaron a América mostrando una enorme capacidad para el trabajo sostenido, adaptándose con inusitada rapidez a las situaciones nuevas. Tales mujeres son la mejor demostración de que toda la elaboración cultural sobre nuestro género, haciéndonos aparecer como símbolos de la debilidad, la enfermedad y los lloriqueos, no son más que una de las estrategias del poder masculino para descalificarnos.

El encuentro entre las mujeres españolas y las mujeres indias fue el encuentro de amor y sororidad que describe magistralmente Teresa de la Parra en sus *Conferencias*. Fue un encuentro sin que pesase la negatividad del tiempo. Las mujeres españolas vinieron a América rompiendo con su pasado, en el sentido de que a nadie les interesaba el mismo y dándose toda la posibilidad para abrirse y adaptarse a la nueva experiencia.

⁸ Troconis de Veracochea. Indias, esclavas, mantuanas y primeras damas. Caracas, Academia Nacional de la Historia y Alfadil Ediciones, 1990, p. 19 - 20.

⁹ *Ibidem*, p. 47.

¹⁰ Piossek P., Teresa. *Las conquistadoras. Presencia de la Mujer Española en América*. España, edita la autora, 1990, p. 23.

La colonia americana inaugura un régimen de feminismo sentimental a la moda antigua que termina al comenzar las guerras de la Independencia.¹¹

Ingenua y feliz como los niños y como los pueblos que no tienen historia, la Colonia se encierra dentro de la Iglesia, la casa y el convento. Yo creo, podría simbolizarla una voz femenina detrás de una celosía. Desnuda de política, de prensa, de guerras, de industrias y de negocios es la larga vacación de los hombres y el reinado sin crónica ni cronistas de las mujeres.¹²

La colonia se nutrió de tantos elementos femeninos que perduró todo el siglo XIX y en buena parte de nuestro siglo. Perduró con sus logros y sus miedos haciéndose tradición. Incluso, al recorrer algunos pueblos del Estado Trujillo, en Venezuela, y entrever con detenimiento por las ventanas de sus antiguas casas grandes, vemos los cuartos cerrados donde alguna vez fue depositada, para nunca más volver a mirar el mundo exterior, la señorita desengañada por su enamorado. Monjas y desengañadas eran verdaderas hermanas en la renuncia impuesta de lo mundano.

3.- Las anónimas en el tiempo de la guerra de la Independencia.

Teresa en su tercera conferencia rinde homenaje a aquellas mujeres que durante más de tres siglos habían trabajado en las sombras y como las abejas, sin dejar nombre, nos dejaron su obra de cera y de miel.¹³

Esas mujeres son despertadas por una ráfaga de heroísmo colectivo. "Movidas por él pasan en la historia como el caudal de un río. Es una masa de ondas anónimas que camina. Uno de estos momentos históricos, el más simbólico y quizás también el más sublime, es aquel que se llamó en Venezuela, La Emigración".¹⁴

Luisa Cáceres Díaz, Josefa Camejo Talavera, Dominga Ortíz, y otras miles, iniciaron, se incorporaron luego, orientaron y dirigieron lo que fue la más grande caminata a pié que registran los años cruentos de la guerra de Independencia en Venezuela. Cuarenta mil personas, en su mayoría mujeres y niños, víctimas del hambre, el cansancio y la sed, caminaron al lado de Bolívar huyendo de la tiranía, llevando como acompañantes bandadas de zamuros prestos a devorar los cadáveres durante el camino.

Nuestras mujeres lucharon por la supervivencia, como habían luchado sus homónimas españolas llegadas con los conquistadores, y como lucharían también las que por ser fieles a la Corona (españolas y criollas) debieron aguantar persecuciones, violaciones, exilios y todo tipo de maltratos.

Conclusión.

Estoy convencida que el espíritu imbatible de estas mujeres, tan acertadamente descrito por Teresa de la Parra en sus Conferencias, late y crece en la América indohispana.

¹¹ Palacios, María Fernanda. Op. Cit., p. 37.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*, p. 63.

¹⁴ *Ibidem*.

El espíritu de las mujeres que formó el alma americana, que mezcló con tan hermosas formas a España y a América, se encuentra renovado en Chiapas, en tierras del Amazonas, en los barrios depauperados de nuestras grandes ciudades, en las soleadas extensiones donde habitan las hermanas wayuu, en mi amada Sierra de Perijá. Allí están. Las veo hilar el próximo siglo y las oigo conversar en diálogo íntimo con sus abuelas. Ellas son las auténticas forjadoras y herederas de la libertad.